

Violencia escolar en las instituciones educativas chilenas

Christian Berger¹⁵

Introducción

Antes que nada quisiera agradecer a la Universidad Distrital y al programa doctoral por la invitación, la verdad es que ha sido un aprendizaje mutuo; dentro de la presentación de la conferencia aparece con énfasis el tema en Chile, pero me gusta más pensar en Latinoamérica. Una de las cosas que hemos estado conversando en estas sesiones, se refiere a lo que sabemos sobre violencia escolar, notando que es un conocimiento generado en Estados Unidos y en Europa, y hemos intentado implementar aquí este conocimiento, estos modelos conceptuales, y claramente como ustedes se dan cuenta las culturas son totalmente distintas y determinan en gran parte como comprender un fenómeno como la violencia. Por lo tanto este espacio de encuentro entre investigadores, interventores latinoamericanos permite generar conocimiento propio, levantar información que responda mejor a nuestras dinámicas sociales y culturales y podamos seguir construyendo un espacio de encuentro, de conocimiento; así que el apellido de “Chile” en esta presentación es para arrojarles algunos elementos de la investigación que se hizo allí, pero más que nada para poder levantar categorías de análisis que nos permitan entender el fenómeno en cualquier contexto en que se dé.

Algunas consideraciones conceptuales para comprender la violencia

En primer lugar me gustaría invitarlos a identificar algunos elementos que debiéramos tener en cuenta para comprender el fenómeno de la violencia; el tema de la violencia es un tema que se conversa en todos lados, en todas las institucio-

15. Berger es profesor de la Universidad Alberto Hurtado, formado como psicólogo en la Universidad Católica de Chile, específicamente en el área de la Psicología Educacional. Complementó sus estudios en el área clínica, obteniendo el grado de Magíster en Psicología Clínica Infanto-Juvenil por la Universidad de Chile. Realizó su formación Doctoral en la Universidad Illinois at Urbana-Champaign, Estados Unidos, en el programa de Psicología Educacional, gracias al aporte de las fundaciones Fulbright y Andes.

nes educativas, en todas las universidades, pero muy poco nos hemos puesto a discutir sobre qué significa violencia, concepto que todos entendemos, pero cuando vemos algunos elementos que lo matizan, comienza a confundirse.

El primer matiz que me gustaría presentar es comprender el concepto desde su naturaleza, cómo entendemos la violencia, qué significa, qué implicaciones tiene, cuál es su naturaleza, y principalmente quisiera plantear cuatro elementos dentro del marco de lo que es la violencia escolar. El primer elemento tiene que ver con las palabras *agresividad* y *violencia*, que generalmente las usamos como sinónimos, aunque son distintas. La agresividad es una conducta que se ha descrito en todas las especies animales, incluido el ser humano, y que responde a la experiencia de amenaza. Cuando un individuo se ve amenazado actúa de manera agresiva para defenderse, es una reacción a la supervivencia que no implica una intencionalidad de daño. Si ustedes van por la calle y tienen algún problema o son agredidos, van a responder de manera agresiva para defenderse. En cambio el concepto de violencia implica intención de daño; cuando hablamos de violencia hablamos de la intención de perjudicar a otro y esa voluntad no surge de la amenaza de manera explícita sino de ubicar en el otro un objeto de violencia al cual se quiere afectar; es completamente distinta a la noción de defensa, como reacción a una violencia activa y proactiva que busca dañar a otro.

Cuando uno se enfrenta a la violencia en la escuela, es muy difícil evaluar desde afuera, desde el observador, si una conducta es agresiva o es violenta, porque muchas veces las conductas parecen violentas, pero la verdad es que son una defensa del niño, una protección de su espacio, de su identidad, de su honor, de su familia, de su nombre; que uno podría interpretar como agresión más que violencia. En este sentido, lo que deberíamos tratar de comprender es el sentido de la conducta, más que la conducta, lo que está dado por la experiencia subjetiva que tiene el sujeto en esta temática.

Otra tensión que discutimos mucho en el seminario es la que existe entre conflicto y abuso. La palabra que más se ha usado en violencia escolar que probablemente ya han visto en prensa, en medios de comunicación, es *bullying*. Bullying parece ser el arquetipo de la violencia escolar. El bullying es una relación muy específica de violencia, que supone características de una dinámica de abuso, en donde hay un niño que tiene poder y abusa de otro, ya sea de forma física, psicológica, emocional, por Internet. Es una relación de abuso y como tal está caracterizada por la imposibilidad de la víctima de salirse de esa dinámica; la víctima es una persona pasiva, que recibe esta dinámica de abuso y no tiene cómo redefinirla. Esto es completamente distinto de la noción de conflicto, en donde las dos partes en pugna están en condiciones de actuar en una discusión, en una pelea, en un intercambio.

Cuando hablamos de conflicto hablamos de posibilidades de negociación, de mediación, de implementar posturas a discutir; cuando hablamos de bullying o abuso no tenemos esa posibilidad, tenemos una víctima y un victimario. Por tanto esta definición de conflicto se aplica en algunos casos, no en todos, a violencia escolar. Nuevamente la dificultad es cuando estamos frente al abuso y quienes los pueden distinguir, quienes pueden definir sus matices, son las personas involucradas, los estudiantes. Nosotros los adultos debemos intentar comprender el sentido que los estudiantes atribuyen a estas dinámicas. Por ejemplo, hay muchos casos de niños que son víctimas de violencia y cuando uno pregunta: “¿Qué pasa?, ¿qué está ocurriendo?”, ellos dicen: “Es sólo un juego”. Probablemente en la escuela lo han escuchado, y en muchos casos este niño es víctima de abuso; pero decir que es un juego significa minimizarlo un poco, controlar el miedo, controlar la situación, no sabemos. Por lo mismo, debemos saber escuchar e interpretar a los estudiantes, darle un espacio válido a su experiencia.

Una segunda tensión importante en el tema de la violencia escolar se refiere a su objeto, hacia dónde está dirigida esa actitud violenta. Podríamos plantear al menos tres situaciones: Primero es la violencia hacia otros, el bullying o maltrato, la pelea en el patio de la escuela, en la cafetería. Segundo, hay otras formas de violencia escolar que son menos visibles, menos comprendidas y además mal interpretadas, una es la violencia hacia los objetos, hacia la propiedad o hacia el sistema, esta violencia que a veces se le llama vandalismo. ¿Cómo puede explicarse que un estudiante rompa las propiedades, que rompa la infraestructura, que “vaya contra el sistema”? ¿Si no es una violencia dirigida contra una persona, sino contra algo simbólico? Nuevamente se confunden los elementos y ¿cómo entonces comprendemos ese simbolismo, lo que está detrás de esa violencia? Algunas teorías plantean que tiene que ver con una mirada estructural de la sociedad en la cual los jóvenes sienten que no tienen el espacio para expresarse, para dar sus puntos de vista; la violencia contra el sistema es un llamado de atención por ese espacio de expresión y de libertad.

Como tercera posibilidad existe una violencia que es más invisible aún, que es la violencia hacia sí mismo. Lo más visible, desde la psicología, son las auto-agresiones; individuos que se cortan, que se ponen en situaciones de riesgo, individuos que se exponen a variadas dinámicas sociales peligrosas que uno podría interpretar como violencia contra sí mismo. ¿Qué significa atender contra sí mismo? ¿Qué significa hacerse daño? ¿Qué significa infringirse sufrimiento? Los adolescentes que tienen estas conductas plantean generalmente que es su manera de sentirse vivos, o su manera de manejar los dolores, de tratar la presión, de manejar las inquietudes. Los reportes de psicólogos clínicos muestran adolescentes que se van haciendo marcas, que se van haciendo cortes; un

síntoma cada vez más común en los jóvenes a nivel mundial, y la explicación que ellos dan es que en el corte ellos sienten que tienen control sobre su sufrimiento: al cortarse ellos controlan su sufrimiento. El sufrimiento que viene del contexto, de afuera, de los otros, del mundo, ese no lo controlan, se les escapa de las manos y por tanto lo manejan a través de una violencia auto-infringida, pues necesitan sentir dominio sobre la experiencia que están teniendo. Esto es muy preocupante porque también podría analizarse que la violencia hacia otros es también una forma de ejercer control sobre el sufrimiento, sobre las dinámicas sociales. Ese tema lo vamos a desarrollar un poco más adelante.

Otro punto a discutir es el contexto donde surgen las dinámicas de violencia y quiénes son los actores que aparecen en ellas. El bullying es probablemente la forma más vistosa de violencia, pero existen otras. En la dinámica entre profesor y estudiante habita otra; esta violencia generalmente se da más desde los estudiantes hacia el profesor: violencia psicológica, de discriminación, de humillación; no tanto física. Y por otra parte, los estudiantes relatan la violencia desde los docentes, en términos de humillación, hablar mal de la familia, hablar mal de los amigos, etc. Más importante aún, los estudiantes relatan que los profesores los contagian de la violencia que ellos observan, que es una violencia entre los adultos, y como lo explica la teoría sistémica: los espacios sociales se van reproduciendo hacia niveles de mayor complejidad. Si hay violencia entre los docentes no llama la atención que haya violencia entre los alumnos, es lo esperable, es simplemente un modelo social. Si hay violencia cultural es normal y entendible que haya violencia dentro de la escuela, y nuestros países latinoamericanos en general tienen violencia, de distintas formas, existen niveles de violencia.

Otra dimensión es la violencia estructural, la violencia de la gestión. Una de las quejas de los estudiantes es que no tienen espacios de participación, de opinión, de injerencia en las decisiones institucionales. Esto se aplica no solamente a los estudiantes; los profesores se quejan muchas veces de que tampoco tienen espacio, de que no tienen participación y por tanto la estructura institucional es una forma rígida, autoritaria; el director aplica una orden autoritaria hacia el profesor, quien la aplica a los estudiantes y finalmente los estudiantes de la sala de clases aplican relaciones autoritarias entre ellos; en ese contexto la violencia aparece de una forma normal. Así, la violencia no está sólo entre los estudiantes, sino en el sistema escolar.

Otro tema que en general no aparece en las investigaciones, salvo algunas notables excepciones como el trabajo del grupo de la Dra. García, es la relación entre las instituciones sociales por espacio. La experiencia de los jóvenes, en este caso respecto de la relación que existe entre la familia y la escuela, los apode-

rados y padres con los profesores, está marcada por las formas en que buscan negociar y superar la tensión sobre quién es el responsable de la formación varonil, o de la formación en ciudadanía, o quién es el culpable del problema. Esta relación es muy compleja, porque además aparecen culturas distintas: la lógica escolar no es la misma que la lógica familiar, que la cultura familiar, además los contextos comunitarios no son los mismos, entonces otra forma de tensión y conflicto aparece.

El cuarto criterio a considerar en esta definición de violencia como concepto, es el determinado por las consideraciones evolutivas. Desde la psicología del desarrollo se comprende la violencia como una manera de ir articulando el desarrollo personal. Un tema que surge aquí muy fuerte es la distinción entre violencia escolar y violencia juvenil: entendemos la violencia que ocurre como un fenómeno en jóvenes escolarizados, según las dinámicas escolares, o entendemos la violencia como un tema de juventud que tiene que ver con el desarrollo y con la forma de organización de los jóvenes. Aquí hay un gran problema de definición, cuando uno habla de violencia escolar, ¿qué significa escolar? Significa que la violencia escolar se da dentro de la escuela y si salimos de la institución ¿ya no es escolar? Significa que la violencia escolar se da entre compañeros y si pensamos en la violencia entre el colegio A contra el colegio B eso ¿ya no es violencia escolar? No hay claridad respecto de cuándo aplicamos el apellido de escolar a la violencia o cuándo deja de ser escolar. Yo me imagino que ustedes tienen casos de niños o jóvenes que en la escuela no pelean, pero salen y se encuentran con otros grupos y entonces sí combaten; y en algunos colegios consideran que eso es problema de ellos y en otros que es asunto de los jóvenes, pues ellos cumplieron con su labor y que dentro de la escuela no haya violencia. En mi opinión, mientras los estudiantes sean estudiantes, todo tiene que ver con la escuela, porque la labor nuestra es formar y la formación no sólo se ejerce dentro del aula. Por supuesto ésta es una discusión en la cual hay muchas opiniones distintas.

Un segundo tema muy referenciado tiene que ver con los procesos de desarrollo y se relaciona con lo que pasa durante la adolescencia. Los procesos fundamentales son los de identidad; la construcción de la identidad se da en las relaciones con otros, cada uno de ustedes se ha definido en función de cómo se relaciona con los otros y son los otros los que van confirmando o negando las definiciones que ustedes hacen. Yo en este momento estoy definido como experto en violencia escolar porque tengo una audiencia y si todos ustedes en este momento se levantan y se van yo dejo de ser experto, así de sencillo, porque si la audiencia no me avala mi definición social es destruida. Todas las dinámicas cotidianas que ustedes y los estudiantes ejercen tienen que ver con su identidad y con su formación, y este proceso está en el centro del desarrollo adolescente.

En relación con estos procesos durante la adolescencia aparece la necesidad de la jerarquización social, poder definir el lugar que nos corresponde en la jerarquía del grupo que habitamos; entonces aparece el liderazgo en los individuos, surgen grupos que son más populares, que tienen más visibilidad; grupos que tienen más capacidad de influir en los otros y estudiantes que están más abajo –por decir así– en la escala social, incluso algunos que son marginales, que son excluidos. Por otra parte, en la adolescencia es cuando uno va construyendo proyectos de vida e identificando algunos elementos que van a ser claves para moverse en el futuro, en el mundo adulto, y esa definición tienen mucho que ver con los roles que uno desempeña en la adolescencia; es entonces cuando la violencia empieza a tener influencia en cómo uno construye identidad, establece jerarquías, cómo construye proyectos de vida, porque la violencia va determinando posiciones en el mundo social.

Ya existe una cantidad de evidencia acumulada que muestra que la incidencia de la violencia está asociada a la popularidad: los adolescentes que son más violentos son aquellos más populares, más visibles; no necesariamente más queridos ni aceptados, pues la popularidad está relacionada con posiciones de status en la pirámide social. Por tanto si el tema es jerarquizarse, encontrar una posición asociada a una identidad, la violencia parece ser una buena forma de hacerlo, lamentablemente con costos muy elevados para el individuo, para los otros y para la sociedad en general, que es lo que tenemos que empezar a discutir.

Distintos paradigmas y niveles ecológicos

Como última consideración conceptual respecto a la violencia (para no extenderme demasiado en este plano), es importante considerar desde dónde entendemos el fenómeno, cuál es la unidad de análisis. Desde el paradigma sistémico, junto a Carolina Lisboa, colega de Brasil, elegimos tres niveles o paradigmas que hemos ido construyendo en nuestro trabajo de investigación.

En primer lugar están los paradigmas desde niveles individuales, que implican entender la violencia desde éstos factores. En primer lugar se busca interpretar o conocer cuáles son las características propias de los individuos que son víctimas o victimarios, por ejemplo los perfiles de los matones de las masacres de Columbine o Arizona. Hay algunos estudios que han mostrado características comunes, pero en realidad hay gran diversidad: no todos los agresores son iguales, no todas las víctimas son iguales, no es posible establecer un perfil e ir a probarlo en la escuela. En lo que sí hay cierto consenso es que la violencia tiene que ver con la dificultad en las habilidades sociales y emocionales como la capacidad de

resolución de conflictos, capacidad de negociación, de identificación y expresión afectiva, baja empatía; o sea capacidad de identificar lo que le pasa al otro. En cuanto a la empatía básica es algo que todos tenemos, pues todos poseemos la capacidad de interpretar lo que le pasa al otro, mientras la empatía en niveles más complejos ya no es tan compartida, debido a que supone la capacidad de juzgar un dilema, ser capaz de juzgar las intenciones de los diferentes referentes y tomar una decisión, e implica una complejidad que no todos los adolescentes tienen porque además supone muchos elementos en juego, como el desarrollo moral y finalmente la experiencia subjetiva de la violencia.

Aquí me parece importante plantearles algunos elementos respecto a la experiencia subjetiva de la violencia. Creo que en la historia ya está bastante ilustrado que la violencia es una manera de resolver conflictos y ejercer control; la violencia ejercida desde los sistemas políticos, religiosos, sociales, familiares, etc., es muy utilizada como una manera de controlar la situación. La violencia ha sido usada como medio de control, cuando los contextos se descontrolan, las autoridades, o quienes tienen el poder, ejercen dominio y ese control puede ser ejercido desde la violencia.

Si uno traslada esta dinámica a la experiencia individual, la de los adolescentes hoy en día, al menos en Chile, está mostrando que la experiencia subjetiva es una experiencia de mucha inseguridad, de invisibilidad: los adolescentes señalan que sienten soledad, aislamiento, que cada vez hay menos conexión, que los padres están más lejos, que no tienen apoyo, no poseen contención, son anónimos, y por tanto la violencia aparece como una forma de afrontar ese anonimato y ejercer control sobre este contexto que aparece como inseguro, como incierto, que aparece como dificultoso.

El ejercer violencia es una manera de controlar los ambientes; si yo estoy en un contexto que es incierto, difícil, y en cual soy anónimo, con esa violencia adquiero un nombre, obtengo una posición, obtengo la sensación de control. Más aún, hay estudios que demuestran que ponerse en situación de victimización también es una forma de ejercer control; si yo me pongo en posición de víctima aparezco en la esfera social, es mejor ser vulnerado que ser invisible. Si uno es victimizado es parte de la vida social, uno ocupa una posición; si es invisible, no ocupa posición alguna y por tanto no tiene identidad. Imagínense ustedes al chico que en la escuela soporta malos ratos, humillaciones y siente que es amigo de quienes lo están humillando y maltratando. ¿Cómo se explica la voluntad de un niño que permite situaciones de humillación? Una explicación tiene que ver con la búsqueda de un escenario social y esto incluye la formación de la identidad colectiva, y la posibilidad de un espacio social importante.

Hay otros dos elementos que han sido arrojados por la investigación; el primero es que la violencia aparece como una forma de procesar las emociones. Cuando las personas actúan violentamente es cuando se sienten poseídos por las emociones, cuando existe impulsividad, cuando son incapaces de pensar, de reflexionar y de articular, y simplemente actúan desde la impulsividad. Otro factor que hemos estado viendo en las investigaciones en temas de desarrollo socio emocional es que hay mucha incapacidad de los jóvenes para identificar emociones; cuando uno pregunta a los estudiantes qué emociones conocen y sienten, hablan de cinco emociones básicas: miedo, enojo, rabia, amor y felicidad, y hay emociones más complejas que esas como por ejemplo frustración, vergüenza, desesperanza o esperanza, orgullo. Las emociones tienen distintos niveles de complejidad, si uno no tiene la capacidad de identificar las emociones vamos a actuar de manera mucho más impulsiva y más simple, y en este sentido la violencia puede ser una manera bien útil aunque disfuncional de procesar estas emociones. Finalmente la violencia también aparece como una manera de procesar o enfrentarse a las tensiones entre modelos culturales contradictorios, ya sea entre familia y escuela, ya sea entre padre y madre. Recuerdo un estudiante en Chile, un estudiante de trece años que me decía: “Yo iré a la escuela solamente hasta la básica (hasta el octavo grado) y luego entraré en la pandilla”. “¿Pero por qué vas a entrar en la pandilla?” “Porque en la pandilla yo voy a hacer muchas cosas y voy a ser respetado, voy a ir por las calles y la gente me va a tener miedo; además voy a andar con armas, y el arma es un símbolo de status, además voy a ganar mucho dinero y si yo sigo estudiando en la escuela pública y después trabajo en los oficios que pueda encontrar no voy a ganar ni la décima parte, de lo que ganaré en la pandilla, y finalmente todas las mujeres van a encontrarme atractivo”. Efectivamente las armas son símbolos de status en algunos contextos, la comprensión del respeto está muy asociada al temor, y los estudios en adolescencia muestran que los rebeldes son más atractivos para sus pares que los que no lo son. En ese contexto, el niño que tiene este modelo, este patrón cultural, frente al que tiene la escuela, representado por el profesor que le dice: “No lo hagas, mantente en la escuela, es la manera de alcanzar el futuro”, ¿cómo coordinará estos dos modelos culturales? ¿Cómo los interpretará, desde qué elementos propios, desde qué sabiduría, desde qué modelos culturales, cómo los procesará? Por consiguiente necesitamos entregarle capacidades, herramientas, si no tenemos un niño que está frente a un dilema que es muy difícil de resolver. Son dos caminos completamente opuestos y los dos parecen tener buenos resultados, al menos a corto plazo, y a este niño se le olvida, o no es capaz de comprender por los niveles de desarrollo, que probablemente a los veinte años esté muerto, o en el mejor de los casos preso, en la cárcel, pero es una cosa que dado el pensamiento omnipotente y egocéntrico propio en la

adolescencia no aparece en su comprensión. Ahí tenemos mucha importancia nosotros los adultos de ayudarles a reflexionar sobre estos elementos.

Un segundo nivel de paradigmas son los interpersonales, en otro nivel de complejidad. Hablamos de las dinámicas entre pares, entre compañeros, de algunos sistemas de jerarquización y organización en la estructura social, de diferenciación con el otro, y de marcar diferencias de identidad. Se relaciona con la aparición de subgrupos en las escuelas, los subgrupos de identidad, las pandillas etc. Procesos de auto-afirmación, es decir de aceptación desde los pares, desde los compañeros, la importancia de ser aceptado y por tanto confirmado en la propia identidad. En este mismo nivel se encuentra también la noción del contagio de pares, lo que comúnmente se llama el modelo de “la manzana podrida”. Se refiere a este adolescente que es vándalo, violento, y que se cree en la escuela que va a contaminar a todos sus compañeros. Pareciera según esto que de base la influencia de pares es un aspecto malo y que los adolescentes no tienen la posibilidad de reflexionar y enfrentarse a esta presión. En este sentido, más que sacar la manzana podrida se debieran entregar herramientas para que las manzanas sanas sean capaces de desarrollarse y puedan ayudar a la manzana podrida a transformarse.

Otro aspecto a considerar es el fenómeno de audiencia. Cuando uno piensa en un niño que es popular, poderoso, fuerte, y que maltrata al niño más débil, más marginal o menos apoyado socialmente, configurando una dinámica que no tiene ningún sentido, pues ¿por qué el niño que ya es popular, que ya es el mayor, el fuerte, maltrata al niño que es invisible, débil, marginal? Esto tiene una explicación, dado que este maltrato no se da en privado; el niño mayor no va a la casa del niño maltratado y se esconde en una plaza y le pega, sino que lo hace frente a sus compañeros, lo hace en el baño, en la cafetería, en donde más los vean, o bien filma un video y lo sube a Youtube, o lo coloca en Facebook. Entonces aparece la audiencia, el público, y es la audiencia la que da sentido a la violencia, porque ella reconoce a este niño agresor como popular, más fuerte, lo muestra en la cúspide de la jerarquía social. Sin una audiencia la violencia no tiene sentido, y por tanto lo que nos debería importar trabajar es, utilizando la metáfora de la televisión, ¿cómo ofrecer a los espectadores otra programación que no sea violenta?

Entonces es necesario superar la mirada tradicional en que el problema es del agresor y/o de la víctima, empezar a pensar en que la dinámica de violencia es una dinámica de todo el grupo. Aquí aparecen los roles asociados a la violencia, por ejemplo el asistente. Los asistentes son aquellos que generan las condiciones para que la violencia pueda ejercerse; imaginen la violencia en el baño de

la escuela, donde debe haber un compañero parado en la puerta con el objeto de avisar si viene el profesor; ese es asistente, ese es un cómplice. Cómplice es una palabra fuerte, pero sí debemos hablar de la responsabilidad que todos tenemos en los actos de violencia en la escuela, lo que es completamente distinto. Aparecen también los defensores, que son estos niños que intentan acompañar a la víctima, que no la dejan sola, que incluso pueden avisar a los profesores que le están haciendo daño. Es importante tener conciencia de que una de las razones por las que los niños no intervienen en estos casos es el miedo, nadie quiere ser ultrajado, por lo tanto la lógica es: si yo participo probablemente voy a ser la próxima víctima, así que mejor me mantengo fuera. Aparecen también los reforzadores, que son la audiencia, son los que aplauden el hecho, son los que le dan sentido al hecho; finalmente aparece un grupo que se auto-declara como “outsiders” o ajenos a esta participación, que parecieran no intervenir, pero que sabemos que por los procesos de democratización en Latinoamérica pueden tener un gran impacto en la medida que se transforman en agentes activos. Si queremos transformar sociedades, tenemos que generar ciudadanía y si se tiene un alto porcentaje de “outsiders” tenemos un problema de ciudadanía, por lo tanto hay un tema con aquellos que se salen de estas dinámicas y tenemos que solucionarlo, desde la mirada proactiva por supuesto; no desde la culpa, sino desde la pro-actividad.

El siguiente elemento a considerar desde lo interpersonal, y que es mi principal foco de investigación, son las dinámicas de grupo. Quisiera compartir brevemente los resultados de un estudio en que se ha demostrado que las dinámicas de los grupos que tienen ciertos perfiles van incentivando ciertas características en sus miembros; es decir, si yo como estudiante hago parte de un grupo que es más agresivo, voy a tener conductas más agresivas, si por el contrario pertenezco a un grupo que es pro-social, voy a tomar conductas más pro-sociales y cooperativas. Por lo tanto es interesante pensar cuáles son los elementos que van estimulando los grupos y cómo las instituciones educativas permiten que se articulen grupos de pares en diferentes contextos. Si tenemos instituciones que son muy rígidas en las cuales sólo es posible ser buen deportista, por ejemplo, y no hay otros espacios de encuentro, se generan condiciones propicias para la violencia. Hay un estudio en los Estados Unidos que muestra que las escuelas que sólo enfatizan el deporte, haciendo una caricatura, serían las escuelas en que los integrantes del equipo de fútbol americano son los más populares y las chicas porristas las más destacadas, mientras los demás no importan en la escala social; y estos colegios señalan más indicadores de violencia, porque son culturas muy rígidas, donde hay muy pocas posibilidades de articulación y de encuentro.

Y por último, pasamos a los paradigmas culturales, al tercer nivel. Aquí aparecen dinámicas de subcultura, diferencia de género; nosotros vivimos en países que son todavía machistas, tenemos diferencias étnicas y socio-económicas, somos de las sociedades con mayor inequidad en la distribución de recursos y por tanto muchas distinciones y niveles subculturales que favorecen estas polaridades, tú eres de aquí o de allá, de los míos o de los otros, tú eres de los buenos o de los malos, y eso por supuesto favorece la violencia. Finalmente lo que está pasando es que la violencia se está naturalizando, se está normalizando. En las investigaciones en que se pregunta a toda la población escolar: “¿A ustedes les gusta la violencia?”, el 99.9% de los estudiantes dice, “no nos gusta la violencia, queremos que la violencia salga de las escuelas”. Lamentablemente dicen también que “la violencia es parte de la vida, hay que aceptarlo, y que ojalá no nos toque a nosotros”. Esa es la lógica, hay desesperanza, hay una actitud generalizada de que no nos gusta eso, pero no se traduce en conductas ni en modelos, sino más bien en intentar salvarse de esta dinámica, y por tanto tenemos que trabajar el concepto de actitudes y transformarlas en conductas, en procesos, en programas, y yo pienso que el trabajo está dado por la convivencia escolar, precisamente por este espacio capaz de generar una cultura distinta, una cultura en la cual la violencia no tenga espacio; más que atacar la violencia, más que combatir la violencia con violencia, tenemos que generar estructuras culturales alternativas en las cuales no tenga espacio. Dicen los psicólogos conductistas que para extinguir una conducta, no hay que focalizarse en dicha conducta, si la atacamos le damos más peso, la reforzamos; lo que tenemos que hacer es ofrecer conductas alternativas, que sean además mutuamente excluyentes, o sea que no podamos tener las dos conductas, y necesitamos entonces darle mucho refuerzo, darle mucho espacio, más poder a esas conductas alternativas. Ese sería el proceso de la convivencia escolar: que haya trabajo en competencias ciudadanas, en competencia emocionales, en educación socio-emocional, trabajo de comunidades de aprendizaje.

Integrando todo esto que hemos desarrollado hasta ahora, desde una mirada sistémica, un paradigma que se ha venido construyendo es el de la violencia como adaptación. La violencia se ha entendido siempre como una conducta disfuncional y la creencia popular es que los adolescentes que son violentos son desadaptados. Sin embargo, la investigación está mostrando que los adolescentes que son violentos son adaptados, porque tienen un montón de beneficios. La violencia es una forma de establecer relaciones, es un mecanismo de establecer una comunidad, por lo tanto es una conducta social, y como conducta social hay que preguntarse ¿qué función cumple la violencia para los adolescentes? ¿Para qué les sirve a ellos? ¿Cuál es la interpretación que ellos hacen de esta

violencia? La función de la violencia tiene que ver con varios elementos que han aparecido ya en esta presentación: la supervivencia, el sentir que uno debe defenderse cuando es humillado, cuando es “pasado a llevar” o violentado, cuando es agredido uno debe defenderse, uno debe marcar su territorio, marcar su identidad; la violencia es una forma de establecer supremacía, de establecer jerarquías, de ubicarse; la violencia es también una forma de ser aceptado en los grupos que son más violentos; hay muchos estudios etnográficos que muestran como ciertos grupos violentos demandan de sus miembros ritos de pasaje, conductas violentas para ser aceptados. Esto puede observarse por ejemplo en una escena de la película *Ciudad de Dios*, que es brasilera; a un niño de ocho años los líderes de la pandilla le exigen que le dispare a otro, que si quiere ser parte de la pandilla debe matar a otro, además no debe sentir culpa, no debe sentir ningún remordimiento, por lo tanto lo que él hace es aceptar que la violencia es la forma de funcionar. Esto hay que cambiarlo, esa función de la violencia que hace que podamos comprender su sentido en ciertos contextos y que la está normalizando, que la está avalando y la está naturalizando.

Todo lo anterior se traduce en los llamados enfoques ecológicos, que surgen del trabajo de un psicólogo del desarrollo llamado Bronfenbrenner. Parte de su proyecto de trabajo fue comprender el desarrollo individual infantil y plantea que para ello hay que comprenderlo en los contextos en los que se da. Es imposible estudiar un niño sin comprender los contextos en los cuales se mueve y estos contextos se van interrelacionando. Un contexto es la escuela, otro es la familia, el grupo de pares, los medios de comunicación, la cultura y estos contextos entre ellos también van interactuando, familia con escuela, familia con grupo de pares, etc. Para comprender lo que le pasa a un niño y sus posibilidades de desarrollo hay que comprender los contextos en los cuales se mueve, de lo contrario nos quedamos con miradas completamente parciales. En violencia escolar es necesario considerar el mismo modelo de contextos específicos en los cuales la violencia se da, las interrelaciones entre estos contextos, y la integración de distintos niveles de complejidad de estas estructuras. En esta progresión de complejidad social, a nivel individual se han estudiado las dificultades socio-emocionales, la empatía, las habilidades sociales, la necesidad de supremacía en los estudiantes. También hay casos de violencia escolar que en mi opinión corresponden a psicopatología, por ejemplo casos de tiroteos masivos a finales de los años noventa en Estados Unidos, el tiroteo de la Universidad de Virginia hace unos años, que son los casos más visibles de violencia. Estos eventos no corresponderían a lo que estamos hablando ahora, un estudiante que está en un estado psicótico y entra disparando en la cafetería no es un caso de violencia escolar como lo que estamos hablando, no es lo mismo que un caso de *bullying*

que es una dinámica sistemática entre pares, no es lo mismo que una relación de violencia entre distintos actores en la escuela, profesores, apoderados, estudiantes; esto es un caso de psicopatología y hay que distinguirlo. Probablemente esta psicopatología se puede manifestar como violencia porque están las condiciones culturales, de acceso a las armas, de modelos en los medios de comunicación, que favorece este tipo de manifestación.

En un segundo nivel, hablamos de los factores relacionales, tanto de relación uno a uno como grupal. Una pregunta que es interesante de hacerse es por qué un agresor elige a tal o cual persona como víctima; eso está intencionado, no es al azar, la elección de víctima tiene que ver con un compañero que no ejerce mayor peligro, que no es un riesgo social. Si yo como agresor agredo al que es el más popular tengo muchos riesgos porque puede jugar en mi contra, pero si agredo al que no se puede defender es una táctica muy segura, si ataco al que no tiene amigos, al que está aislado, es una dinámica segura; entonces, la elección de víctima es intencional, no es al azar. Por otra parte a veces las dinámicas de agresión se dan entre dos adolescentes populares por el fenómeno de competencia, por ejemplo en ocasiones los niños nuevos en las escuelas, los que llegan y se integran son víctimas de violencia, porque hay que redefinir la jerarquía social, si están en una escuela y llega un nuevo compañero que empieza a exponer sus términos sociales vamos a tener que definir quién es el que manda, marcar los territorios, volver a establecer las jerarquías y eso puede ser a través de la violencia, eso explica que muchos niños que son nuevos en las escuelas puedan ser parte de las dinámicas violentas.

Tenemos los factores institucionales a nivel de escuela, acuérdense que está el nivel ecológico que integra los demás niveles y los complementa, pero a nivel ecológico institucional, ¿qué factores explican la emergencia de violencia? Ya hablamos de las dinámicas rígidas, autoritarias, de las escuelas que funcionan de manera tiránica, hay un estudio australiano que muestra como la gestión autoritaria de los directores de escuela correlaciona con experiencias de violencia en niños de primer año básico, pues desde esa edad ya observan que la dinámica social es más autoritaria y abusiva. Hace poco leí un artículo de este año hecho en Estados Unidos, con alrededor de 290 escuelas, en donde lo que se buscaba era identificar variables del clima escolar que se relacionan con violencia y se descubrió que hay dos elementos que se asocian con menores indicadores de violencia: uno es la estructura, la norma, el nivel de estructuración social que el colegio impone; esto significa que tienen un reglamento de convivencia y que esas reglas son ejercidas de manera justa, pero que se aplican, o sea que no son sólo un discurso sino que norman y regulan la convivencia escolar, pero eso

de la mano con la sensación de cercanía que es el segundo elemento, es decir climas escolares en los que los estudiantes relatan que los profesores están disponibles, que están cerca, que están preocupados por ellos. La sola norma no favorece la reducción de la violencia, es un todo, es la integración entre el contexto adulto cercano y contenedor y una estructura que regula y que da marcos sociales estructurados. Hace poco una tesis en Chile mostró que lo que los estudiantes hacen con la violencia escolar es instalar una red social, no sé si alguno de ustedes vio la película o leyó la novela *El señor de las moscas*: es una historia de un grupo de adolescentes que quedan aislados en una isla y tienen que organizarse; esta obra excelente muestra como todos los adolescentes tienen que generar un orden social cuando no tienen una estructura adulta que les dé la estructura social, que es la función de los padres y los profesores. Cuando no está ese marco los adolescentes tienen que construirlo; el gran problema es no tener las herramientas para construirlo y la violencia aparece como una forma muy útil de forjar esa estructura, porque la violencia permite controlar, regularse, jerarquizarse.

Esta investigación lo que planteaba era que los estudiantes relataban que cuando los padres no están cumpliendo con sus funciones de regulación, los padres tienen miedo de perder el control sobre sus hijos y por tanto lo que están haciendo es un estilo parental negligente, un estilo muy libre en el que los adolescentes tienen que ir generando su modelo. Los adolescentes necesitan de modelos, necesitan contención, si no hay estructura van a generar una estructuración desde los mecanismos que tengan a la mano y lamentablemente en las comunidades de este estudio los mecanismos que estaban a la mano son elementos violentos, y entonces construyen una estructuración social con base en la violencia, en ausencia de una estructura mayor. Entonces el tema de la convivencia escolar, el tema del clima escolar tiene que ver con cómo generamos estructuras que permiten que los estudiantes se desarrollen, con límites claros y con orientaciones claras, pero además con apoyo y cercanía afectiva.

Finalmente tenemos que entender que todo esto sucede dentro del contexto sociocultural, no es lo mismo la violencia en Estados Unidos, que la violencia en Chile, que la violencia en Colombia, indudablemente no es igual en Bogotá, que en Medellín, que en Barranquilla; tampoco es igual en los diferentes escenarios, los mapas que existen dentro de Bogotá y dentro de la escuela tampoco va a ser iguales en los diferentes contextos. ¿Cómo entonces tomamos la consideración socio-cultural? ¿Cómo entendemos la naturalización que tiene la violencia? ¿Cómo entendemos las dinámicas violentas que van terminando con la estructuración? Cuando comencé a plantear esta idea de que tenemos que construir

marcos conceptuales locales, el promedio de estudiantes en Chile por clase es de treinta y siete, cuarenta y cinco me dicen aquí, en Estados Unidos el promedio es veintiuno, por supuesto que la dinámica escolar es completamente distinta. En Chile los estudiantes usan uniforme, en Estados Unidos no, en Chile los estudiantes se mantienen en un salón de clase y en Estados Unidos se mueven de un salón a otro, en Chile los estudiantes mantienen los mismo compañeros desde el primer año hasta el decimosegundo, la dinámica social siempre es la misma, no sé cómo es el caso acá, en Estados Unidos pasan por cambios de escuela en quinto año y en octavo año. En otras palabras no es simplemente traer estos modelos construidos allá y aplicarlos acá porque son otras realidades, otras culturas, otras dinámicas y entonces tenemos que considerar fuertemente esta variable y entender también la violencia en los contextos cercanos a la escuela, que no son escolares, como la familia y la comunidad, pero que están íntimamente relacionados con ella.

Algunos datos de la realidad chilena

Déjenme en este momento mostrarles sólo un par de datos de la realidad chilena, para apoyar estas ideas. En Chile desde el año 2005 se ha hecho una encuesta nacional de violencia escolar, que busca levantar datos de prevalencia y también identificar algunas dinámicas. Esta encuesta considera casi diez mil estudiantes y tres mil profesores de séptimo a decimosegundo grado. Es representativa de la población chilena. Los datos que les presento son de la primera encuesta, pero ya este año se está realizando la tercera. Frente a la pregunta: ¿ha sido agredido de alguna manera en el último año?, el 45% relata haber sido víctima de agresión, humillaciones, agresiones físicas, psicológicas, sexuales, con armas que evidentemente no son todas iguales. El 45%, casi la mitad de los estudiantes, uno de cada dos, relata haber sido víctima de violencia, es bastante, es una tasa alta, creo que en Colombia son más bajos los resultados, me parece que fue 36%, tengo que revisar la encuesta realizada en Bogotá pero también son tasas altas, cercanas. Y esto se interpretó en Chile en la prensa así: el 45% de los niños son víctimas de *bullying*, pero el *bullying* no es esto, es la relación sistemática de abuso en el tiempo, etc. Luego están los resultados por género; anteriormente se pensaba que los hombres eran los que estaban más involucrados en violencia, los resultados de Chile, de Bogotá, del mundo en general, muestran que las dinámicas de violencia incluyen tanto a hombres como a mujeres; en Chile tenemos un 50% de hombres y 42% de mujeres, pero son iguales en términos estadísticos, es decir que esto cuestiona el supuesto de que la violencia es un tema masculino. Respecto de la edad, los resultados muestran que la violencia escolar tiene un *peak*, una curva que tiene sus más

altos porcentajes entre los diez y los trece años que corresponde a las edades de quinto a octavo y luego comienza a bajar, lo que es muy coherente con los estudios internacionales. Pero además la forma de violencia va cambiando, la violencia en los años más bajos es física, es más vistosa, y la violencia en los años posteriores, más altos, es psicológica, es una violencia de discriminación, más de dejar fuera, emocional.

Segundo dato, ¿Cuál es el tipo de violencia más común, considerando además a los actores de dicha violencia? La violencia psicológica es la más común, que implica humillaciones, sobrenombres, etc., tiene un 92% de prevalencia entre los estudiantes que reportaron que eran víctimas de agresión. Ahora fíjense que hay un 75% de estudiantes que dice que hay violencia psicológica hacia los docentes, es una proporción muy alta. Me imagino que en Colombia es igual que en Chile, los docentes son uno de los gremios que tiene los peores indicadores de salud mental, tasas de deserción, trastornos del ánimo, licencias médicas, etc., y claro uno empieza a comprender esto, que su experiencia laboral cotidiana es bastante difícil y que tenemos que darles a ellos herramientas de manejo y de contención de la experiencia.

Por otra parte no es menor que tengamos un 50% de estudiantes que dice que hay violencia psicológica de profesores hacia estudiantes; uno de cada dos estudiantes dice que sus profesores durante el último año lo han agredido de alguna manera psicológica, lo humillaron, lo discriminaron, no le hicieron caso, no lo validaron, etc.; es un porcentaje bastante alto, uno de cada dos. Tenemos un 22% que dice que existe violencia entre docentes; este porcentaje también es alto, todos estos indicadores son muy altos, es decir hay una percepción de que hay violencia en la escuela. En cuanto a las agresiones físicas en cambio, que son las más vistosas, tenemos un alto número de estudiantes que las relatan (82%), pero en realidad tienden a ser mucho más bajas, no deja de ser relevante que el 10% de los estudiantes diga que hay violencia física entre estudiantes y profesores, es decir golpes, puños, patadas, escupitajos, amenazas con armas etc. Un 10% es bastante, entonces se genera una cultura del miedo y en las culturas de terror lo que sucede es que las culturas se vuelven rígidas y cada uno se preocupa de sí mismo; por tanto, la violencia aparece como la forma de establecer relaciones interpersonales. El tercer elemento importante en Chile es la discriminación; la segregación aparece como una de las violencias más típicas en Chile, país que no tiene diferencias étnicas, o bien que no las reconoce. Chile es un país que dicen los historiadores tiene una cultura trasplantada porque lo que hicieron con las culturas indígenas fue básicamente eliminarlas, es decir que no hubo integración, y lo que se está viendo más explícitamente de discriminación en Chile es contra los inmigrantes, específicamente peruanos y

bolivianos. Existe un nivel de discriminación terrible en las escuelas de Chile y está avalado más por un sistema socio-cultural muy discriminador en términos socio-económicos, en relación a la ubicación en la ciudad. Nuevamente la discriminación no es un tema sólo de estudiantes, también de profesores, también es un tema que aparece en las dinámicas generales.

El último resultado que les quiero mostrar de este estudio es la percepción de los estudiantes de por qué hay violencia, cuáles son las causas para que exista violencia entre pares en las escuelas. Fíjense que todas las respuestas, todas las categorías tienen que ver con dinámicas sociales. La primera tiene que ver con la realidad y la diferencia entre grupos, hay violencia en las escuelas de Chile porque hay grupos de pares que presionan a sus miembros y los obligan a actuar violentamente. “No es que yo sea violento, es que el grupo me lleva a eso, y la realidad aparece y tengo que defenderme, tengo que marcar mi territorio y mi identidad”; o sea una dinámica grupal, una dinámica de procesos sociales. La segunda con la rigidez del curso y de la cultura escolar, la falta de espacios de interacción, es decir que la cultura del curso es muy dura, muy poco integrada, no favorecedora de integración social. La tercera con la ausencia de autoridad y de normas; es decir hay violencia porque no hay control social, no hay estructura, porque no hay limitación y por tanto la violencia existe, y como lo decía antes, existe como una forma de ordenar la estructura social. La cuarta con el tema de la convivencia, discriminación, el tema de cómo entendemos y manejamos la diversidad en la escuela. La segregación precisamente es lo opuesto a la tolerancia pues no valoramos la diversidad, que es un tema de cultura, de clima, de cómo gestionamos esa pluralidad. La quinta categoría tiene que ver con el autoritarismo, nuevamente un tema de gestión, si se fijan todas las respuestas de los estudiantes, ninguna responde a variables individuales, ninguna responde a experiencias individuales de que alguien me molestó, me insultó; todas responden a dinámicas sociales, a la construcción de una sociedad que se va organizando en torno a la violencia y las autoridades sociales parecemos tener miedo de esto y vamos alejándonos, en vez de ser proactivos y construir nuevas formas de organizar la cultura escolar; yo creo que estos datos son interesantes porque arrojan luz de por dónde hay que llevar la intervención.

Orientando la intervención

Hasta ahora hemos intentado hacer una mirada más integral de este fenómeno; pienso que la violencia escolar tiene que ver con tres niveles, procesos de desarrollo psicológico y social infanto-juvenil, procesos grupales y procesos de contexto, más macro. Yo personalmente trabajo más en los dos primeros, en lo personal y en lo grupal, pero no podemos ser ciegos a este contexto cultural,

escolar, en el cual se desarrollan. En los procesos individuales aparecen ciertos elementos clave para explicar la emergencia de la violencia, primero el tema de la identidad, de la construcción de sí mismo, de la construcción del adolescente. Hay dos elementos allí: la conciencia de sí mismo (de fortalezas, de debilidades, de intereses, logros o metas), y la conciencia de los otros (cómo puedo conectarme con los otros en tanto que son distintos a mí), ese diálogo con un estereotipo, con una cosa indiferenciada, rígida y a la cual puedo violentar, y cómo nos conectamos desde la perspectiva de la conciencia ya que somos todos individuos, personas etc.

La conciencia así mismo pasa por la identificación de emociones, de los temores, de los sueños, los proyectos, la construcción de identidad; pasa por el reconocimiento de las historias personales, por todos los temas que debieran propulsar el trabajo formativo con los estudiantes, la conciencia de los otros pasa por la apertura al diálogo, a la diversidad, por temas que también son de cultura escolar. En un segundo nivel tenemos el tema de la empatía, esta capacidad de enfrentarse a dilemas, tomar posiciones, evaluar diferentes situaciones; probablemente una de las cosas que menos hemos trabajado con los estudiantes es la conciencia de las consecuencias de los actos en los otros.

Una de las mejores maneras de evitar la violencia, en mi opinión es que los estudiantes tomen conciencia de las consecuencias de sus actos y que puedan evaluar la posibilidad de ser violentos y sus consecuencias negativas. Es decir, los adolescentes a veces no saben cómo anticipar estas consecuencias y somos los adultos quienes tenemos que ayudarles a anticiparlas: qué es lo que podría pasar si yo hago esto o si no lo hago, o bien qué podría pasar si asumo otras alternativas; cuáles son las posibilidades de conducta que tengo, cómo puedo hacer frente a una humillación. La forma más automática es la violencia de vuelta, pero existen otras acciones posibles y es necesario adelantar posibilidades. Esto deberíamos hacerlo no cuando hay violencia, deberíamos hacerlo como prevención; cuando ya está la violencia instalada, es difícil generar alternativas. Y sin entrar en detalles del origen en neurociencia –tampoco soy experto en el tema–, la neurociencia ha abierto un campo de investigación que es muy relevante en violencia; en el año 2005 se descubrió la neurona espejo. No sé si han escuchado hablar de estas neuronas, que constituyen un sistema que a través de claves sensoriales capta claves emocionales del entorno; por ejemplo cuando ustedes van al cine, pagan su entrada, compran un refresco y se sientan, la película es de miedo, experimentan muchas emociones, lloran, sienten temor aunque saben que no hay una amenaza, están en el cine y fueron voluntariamente. Lo que explica eso son las neuronas espejo que permiten que el organismo reproduzca las claves que están en el contexto, es un mecanismo de adaptación, cuando uno

ve claves de peligro, y todos ustedes deben tener claves de peligro en las calles, activan corporalmente claves de escape, de salida, se activan los sentidos, uno se pone tenso, se acelera el corazón, son todas esas señales físicas que tiene que ver con la captación de signos, que no son conscientes, pues las neuronas espejo trabajan de manera muy primitiva, no pasan por la reflexión cognitiva, sino por la reflexión primitiva.

Esto es lo que los psicólogos dicen cuando uno siente algo, la intuición –algo me pasará–, son las neuronas espejo que son capaces de expresar en un lenguaje, están en la base de la empatía; y la empatía no es más que un procesamiento cognitivo de la información que nos están entregando las neuronas espejo, y si ocupamos este espacio entonces vamos a ir trabajando en desarrollo de la empatía y las neuronas espejo van marcando en la memoria una historia personal que es afectiva, en la cual los hitos emocionales van marcando las conquistas de nuestra personalidad. Yo creo que todos ustedes, si les pido que recuerden situaciones afectivas importantes en sus vidas, encontrarían un montón de marcadores en su historia que generaron cambios de experiencia significativa; eso es memoria afectiva, y la importancia es cómo, como adultos, como profesores, como padres, ayudamos a los niños y adolescentes a tener memoria afectiva positiva, constructiva. Por ejemplo en una investigación que hicimos en Chile, una de las cosas que le preguntábamos a los estudiantes era: ¿De qué estás orgulloso?, ¿cuáles son tus logros? Y uno diría, bueno es una cosa importante en términos afectivos, yo construyo mi identidad en base a las cosas que voy consiguiendo. ¿Qué cosas has logrado?, ¿qué cosas has hecho? Los estudiantes no tenían ninguna respuesta, no tenían logros, al menos conscientes, y finalmente después de mucho discutir decían cosas muy generales y básicas, como “aprobé la materia”. ¿Qué te distingue a ti, qué marca tu identidad?, y no tenían consciencia de logros. Entonces cabe preguntarse cómo se construye una identidad y una memoria afectiva si no se tiene consciencia de logros. Y más importante aún: ¿quién te ayuda a ir identificando estos eventos importantes en tu vida?, porque es allí donde entran los docentes y los padres, la función de nosotros.

Si yo construyo una memoria afectiva voy elaborando la capacidad de abordar los futuros fenómenos, las futuras experiencias desde esta memoria afectiva; si mi memoria afectiva está marcada por la violencia y por la incapacidad de enfrentarme, la inhabilidad de generar alternativas, pues voy a responder desde ahí; pero si mi memoria afectiva está marcada por las alternativas que tengo frente a la violencia voy a tener una capacidad de acción mucho más amplia, y esto es como generar una estructura, como concebir los cimientos de un edificio; y las capacidades que se erigen a través de la estructura emocional de un ado-

lescente o de un joven no dependen de la experiencia objetiva, dependen de la experiencia subjetiva. Esto no significa que un niño que es víctima de violencia va a ser violento; pues un niño que es víctima de violencia puede no ser violento en la medida que sea capaz de elaborar esta información, que sea capaz de generar alternativas, de generar un espacio de reflexión. Un niño que no es capaz de esto va a tener probablemente claves violentas más automáticas, pero esto no es así de reduccionista, no es que un niño que es violentado de pequeño va a ser violento después, eso no es lo quiero destacar, lo que quiero subrayar es que si queremos construir sociedades distintas tenemos que entregar herramientas de reflexión sobre estas experiencias.

Y esto, creo yo que es la base de la teoría del apego, ésta es una teoría que plantea que las relaciones tempranas de un niño en los primeros dos años de vida marcan la manera como ese niño se va a relacionar con el mundo, de entender que el mundo es un espacio de seguridad y de contención o si es un espacio de inseguridad. El apego no sólo se da en los primeros años de vida, el apego se da toda la vida; todos los que estamos acá tenemos figuras de apego: son aquellas a quienes acudimos cuando nos sentimos sobrepasados, cuando nos enfrentamos a un problema, a una decisión, entonces acudimos a nuestra figura de seguridad, que pueden ser los padres, los amigos, pueden ser las parejas, los hijos; ahora en las escuelas los profesores son figuras de apego, y por supuesto tienen una condición muy importante.

En relación con los procesos grupales hablábamos ya de identidad grupal, temas de pertenencia, temas de aceptación, cómo la identidad grupal va determinando la aparición o abolición de la violencia y además planteamos los procesos grupales, los espacios colectivos que son los escenarios de práctica socio-emocional; en el fondo para tener una buena capacidad de resolver conflictos hay que practicar su solución, práctica que se da en los espacios interpersonales y sin duda las escuelas pueden ser un excelente escenario de práctica, por ejemplo cuando en la metodología de clases generamos espacios de discusión, de conflicto, de reflexión conjunta, generamos alternativas, espacios de práctica, para que en el futuro puedan esos adolescentes con ese ejercicio identificar alternativas de acción y no actúen de manera primitiva y automática. Además es un espacio de reparación, de aprender formas de reparar los daños que uno ha generado.

Déjenme darles un dato que creo que es importante de compartir. Siempre en los casos de violencia la figuración principal está con la víctima, se le ofrece apoyo psicológico, emocional etc., muy poco se ocupan del agresor. Sin embargo, lo estudios a largo plazo muestran que los estudiantes victimizados tienen indicadores promedio de adaptación social, de bienestar, pero los niños que son

agresores tienen pésimos indicadores de bienestar a futuro; estudios de quince, veinte años de plazo, muestran que esos niños que probablemente tienen más tendencia hacia conductas antisociales, tienen peores indicadores de satisfacción familiar, tienen peor desempeño laboral, todos esos indicadores de desajuste socio-afectivo. Los niños que son víctimas en general obtienen mucho apoyo que permite que ellos elaboren la experiencia de victimización, que la superen y se construyan una identidad más o menos integral, mientras los niños agresores en cambio no tiene ese espacio, lo cual les da muy pocas posibilidades. Cuando uno se da cuenta del daño que hace, la única manera de sentirse bien consigo mismo, de volver a superar esta crisis es poder pedir perdón y poder remediar lo causado, y por tanto sentir que uno todavía es una buena persona, eliminando la sensación de que uno hace daño, lo cual es muy tortuoso. Si ustedes tienen una experiencia en la que se hayan sentido culpables y que nunca pudieron, por así decirlo, sacarse esa culpa, deben intentar resolver esa culpabilidad que se ha quedado instalada, elaborarla e integrarla a la identidad personal. Lo que indudablemente ocurre es que uno la bloquea y la niega, entonces los espacios de reflexión conjunta y de poder sacar estas experiencias de culpa son muy relevantes y tienen que ser espacios protegidos y contenedores, de la escuela y la familia.

Finalmente al reflexionar sobre los modelos culturales, vemos que van validando tipos o formas de integración interpersonal; cuando hablamos de violencia escolar, van validando formas violentas de relación, ahora también pueden validar formas pro-sociales de cooperación que es lo que nos interesa. Me imagino que estamos todos de acuerdo sobre el deseo de que no haya violencia, todos en el mundo queremos eso, la pregunta es ¿qué nos gustaría construir entonces y cómo lo hacemos? Esto pasa por cómo generamos espacios de manejo de autoridad, por ejemplo de gestión en las escuelas, ¿cómo superamos modelos individualistas que están cada vez más instalados en nuestra cultura?, ¿cómo cambiamos esos modelos por unos más benéficos para la comunidad, colmados de espacios grupales, de apoyo mutuo?, ¿cómo procesamos la violencia?, ¿cómo relacionamos el espacio escolar con los espacios externos que también tienen dinámicas de violencia?, ¿cómo hacemos ese diálogo, esa elaboración?

A manera de integración, yo creo que lo importante es empezar a cambiar las preguntas desde las cuales abordamos el tema, desde las cuales hacemos investigación, generamos encuentros. La pregunta sobre cuánta violencia hay, ya tiene respuesta, hay muchos estudios, y honestamente si hay un 30% o un 35% da lo mismo, sigue siendo mucha violencia. Las preguntas de hoy creo que son: ¿Qué hacer con esa violencia?, ¿cómo empezamos a comprender los sentidos de esa violencia?, ¿cómo comenzamos a entender para qué le sirve

a un estudiante ser violento?, ¿qué espacio está llenando esa violencia?, ¿qué dificultades, qué necesidades está cubriendo esa violencia?

Y más que preguntarnos cuál es el tipo de violencia, si es física o psicológica, y cuáles son los tipos de violencia que hay, más que preguntarnos quién es el culpable, los interrogantes serían: ¿qué tipo de relaciones dejamos establecer?; es decir, ¿qué nos interesaría que pasara en la escuela?, ¿cómo nos imaginamos un espacio ideal de encuentro? Porque la violencia es un obstáculo para ello; más que situar la violencia como perspectiva, tenemos que ir construyendo alternativas de relaciones interpersonales. Más que saber quién es el culpable, pues la búsqueda de culpables es una discusión estéril, porque además lo único que nos queda después de encontrarlos es que éstos desaparezcan o los expulsamos, lo cual además de ser estéril implica ir validando los modelos actuales, debemos descifrar: ¿cómo somos parte del problema? Otra pregunta importante es: ¿cómo podemos pertenecer a estas dinámicas culturales?, ¿cómo somos parte de ellas y generamos dinámicas de cambio cultural?, ¿cómo somos parte del problema, pero a la vez como somos parte de la solución? Más que interrogarnos por las formas más adecuadas de control y establecer reglamentos punitivos y judiciales, del tipo “si le pegaste a un compañero en la sala de clases entonces debes cumplir con dos semanas de castigo, si solamente le pegaste una cachetada son cinco días y si fue un empujoncito un día...”, pues eso no tiene sentido, esos reglamentos punitivos judicializados carecen de sentido, porque las normas de convivencia son principios que deben regir todas las interacciones y ser los indicadores de lo que esperamos construir más allá de un reglamento tipificado de faltas. Por lo mismo, la pregunta, por cuál es el método más efectivo para prevenir violencia deja de tener sentido, ya que todo lo que estamos hablando parte de los estudiantes, de las características de la comunidad, del grupo, de la institución y de la cultura; por tanto los programas de prevención en violencia deben ser creados o adaptados en las localidades o contextos específicos y no importados de otros contextos. Así, deben formularse programas que construyan esa cultura escolar, más que programas que destruyan la violencia, es el cambio de foco desde la prevención o de la intervención a la promoción en convivencia positiva.

Quiero tomar una cita de la Dra. Bárbara García que dice: “Preguntarse por la violencia implica reflexionar sobre las interacciones sociales y las relaciones que los sujetos realizan en ese juego de roles y status que desempeñan en diferentes escenarios”. Es decir, más que preguntarnos por las conductas violentas, tenemos que preguntarnos por la funcionalidad, el rol que juega la violencia, por cómo la violencia cumple funciones, por cómo nos define y sitúa, por cómo encontramos estos espacios interaccionales y qué tipos de relaciones establecemos con la violencia, más que las conductas puntuales.

Cerrando la conferencia, cuando uno piensa en perspectivas y en estrategias de intervención resulta muy relevante desde donde nos situamos para responder la violencia, cómo la comprendemos. En un comienzo yo les decía que la violencia escolar parece ser un fenómeno comprendido por todos pero que tiene muchas distinciones conceptuales, teóricas, de intervención y de comprensión. Por ejemplo cuando uno comprende la violencia como conflicto, la intervención o el camino lógico parece ser entrar en la resolución de conflictos, generar espacios de solución de conflictos, de negociación; practicar estos territorios de negociación, generar una cultura en la cual los conflictos sean visibilizados como espacios de encuentro positivos porque generan expresión de ideas y también caminos de resolución. Si entendemos la violencia como una validación social porque tenemos que generar identidad, espacios de encuentro, de validación mutua, zonas de soporte, tenemos que generar instancias de valoración, trabajar la diversidad; tenemos que encontrar espacios en donde todas las diferencias puedan ser validadas para que no sólo un niño sienta, o algunos grupos sientan, que son importantes y son aceptados; tenemos que generar espacios que los validen a todos.

Si trabajamos con la violencia como una manera de gestionar el descontrol, esta sensación de inseguridad constante, la violencia como una herramienta, bueno, tenemos que propiciar experiencias de control, tenemos que ayudar a los estudiantes a que sientan y vivan experiencias de control en otros espacios, que sientan que están en control, que son capaces de gestionar sus vidas, que pueden colaborar con otros y esto puede ser con metodologías de trabajo en grupo, con metodologías significativas, con un montón de experiencias; pues el objetivo sería: ¿cómo les devolvemos la sensación de que están en control de sus experiencias? Si trabajamos la violencia como el abuso, la mirada de *bullying*, tenemos que trabajar el respeto por el otro, establecer que no podemos tener personas que sean humilladas, que sean negadas; trabajar no solamente con el agresor, sino con toda la comunidad; no es aceptable que en una comunidad haya personas humilladas, al menos en mi opinión; no es aceptable que haya individuos humillados y esto es un tema de toda la comunidad, es una norma de respeto y es un tema de derechos humanos, finalmente. Y por último, si trabajamos desde las dificultades psicológicas o psico-emocionales será necesario trabajar en el desarrollo de competencias sociales y emocionales, ciudadanas, y la generación de espacios de encuentro y práctica de estas competencias.

Existe consenso entre los investigadores en estos temas al plantear que en la educación históricamente nos hemos preocupado de lo cognitivo y de lo académico, y se nos ha olvidado que la formación tiene otros componentes: elementos afectivos, elementos de ciudadanía, elementos emocionales. La propuesta no es

ahora cambiar y preocuparnos solamente de lo socio-emocional, sino plantear una educación más integral. Si queremos ciudadanos integrales, personas con bienestar, tenemos que abordar las diferentes dimensiones del individuo; no podemos quedarnos cortos en eso, para ello debemos trabajar el conocimiento y las habilidades del individuo sobre sus emociones, sobre sus capacidades para afrontar las dificultades que se presentan en la vida cotidiana, y todo tiene como finalidad forjar el bienestar personal social. ¿Cuáles son los factores esenciales que son transversales a las diferentes épocas históricas que fomentan el bienestar? Lo más importante es la capacidad para establecer vínculos, la capacidad de establecer relaciones positivas con otros, la capacidad de encuentro, la capacidad de ser conscientes de sus necesidades, de pedir ayuda al otro, la capacidad de colaborar.

Los quiero dejar con una cita de García Márquez que me parece muy interesante. El Premio Nobel dice: “Yo creo que todavía no es demasiado tarde para construir una utopía que nos permita compartir la tierra”. Yo creo en este mensaje: en vez de ir en contra de la violencia debemos trabajar para forjar un espacio conjunto de participación y respeto.

Intervención 1: Si la violencia tiene algún respaldo evolutivo, entonces, en ese orden, uno podría pensar que tiene un valor electivo o de control de la natalidad y en ese orden de ideas ¿nos tocaría dejarla ir corriendo?...

Dr. Berger: Tu punto es que si la violencia es algo natural o constitutivo de la naturaleza humana ¿deberíamos dejarla fluir? Yo creo que el punto es cómo comprender la violencia. Yo comparto que la violencia ha sido funcional en la especie, un mecanismo de control de las especies animales en general, pero ahí está la distinción entre agresión y violencia, lo que ha sido natural es la agresividad, no la violencia. La violencia tiene intencionalidad de daño. Yo creo que lo que sí podemos hacer es orientar las formas agresivas, porque podría pasar por ejemplo que la competitividad en el trabajo es agresión, que la competitividad en los compañeros de escuela es agresión, que las elecciones presidenciales son agresivas, que el comercio es agresivo. La pregunta es: ¿cómo podemos ir orientando una manera en que nos regulemos como individuos sociales sin que se inhiba esta experiencia de sentirse validado y no humillado? Somos sólo seres culturales, seres sociales que tenemos que aprender a convivir y no podemos hacerlo si nos matamos unos a otros; eso ya se demostró que no es muy efectivo. El tema es: ¿cómo generamos ese proceso de validar la agresión como una experiencia individual real, pero dándole un curso adaptativo en nuestro contexto social?

Intervención 2: En estos días dos escritores muy metidos en el mundo de lo que es la violencia colombiana han publicado columnas acerca de lo que pasó con la muerte de alias el “Mono Jojoy”. William Ospina quien sostiene que somos un país que lleva grabado en los genes la violencia y somos capaces de alegrarnos del asesinato de otros y León Valencia, un investigador de la situación social actual colombiana, quien fue guerrillero, que en su columna de El Espectador planteaba que como somos un país tan violento cosas como esas nos producen alegría, y plantean ellos dos la necesidad de resolver eso, de cambiar esa mirada violenta por una que permita construir un país distinto. Chile tuvo una época muy violenta durante la dictadura y hay algunas cosas que todavía es necesario resarcir, pero hay algo importante que planteabas y es la necesidad de hacer memoria de lo que hemos vivido; lo que planteabas con respecto a cómo los niños en Chile no son capaces de tener un referente de cosas que los han alegrado o los enorgullecen, y eso demuestra que los educadores no hemos propiciado aquello en la escuela. También hay un texto que está publicando Editorial Magisterio de neurociencia que habla cómo genéticamente los colombianos tenemos la violencia metida ya en nuestras sangre; y es fundamental conocer el papel que jugamos como educadores, y el que juegan las academias universitarias de educación ¿Cómo empezar a construir esa educación? ¿Cómo entender que nuestra violencia no es solo histórica sino que tiene una memoria que nos ha hecho lo que somos hoy?, sino también ¿cómo esos referentes sociales nos van volviendo cada vez más violentos? Para mí es increíble pensar que en las localidades periféricas de Bogotá, la solución para que unos jóvenes se diviertan luego de salir de sus espacios escolares, sea el billar y el alcohol, sea la droga misma, y eso termine conduciéndolos a la conformación de pandillas, y a veces la misma escuela no da esos elementos. La semana pasada dos colegios prestigiosos estaban enfrentados por una agresión entre niños, en donde a uno le fracturaron el hueso del pómulo y la nariz; y hace un mes asesinaron a una niña en un colegio de Usme por problemas sentimentales. Hace poco hubo un enfrentamiento entre un maestro y sus estudiantes por robarle unos refrigerios a la salida del colegio, lo cual fue tan grave que el maestro pidió ser llevado a otra institución, y hace unos años asesinaron a un rector en Ciudad Bolívar, una de las zonas que más ha recibido apoyo en cuanto a violencia escolar y juvenil... Entonces ¿cómo proponer una construcción desde la memoria y no desde la violencia?

Dr. Berger: Bueno, me cuesta entender la realidad colombiana porque la información que llega a Chile puede ser distorsionada. Me parece muy importante ser responsable con las opiniones y comentarios que uno pueda hacer. Ahora sobre este caso del “Mono Jojoy”, me cuesta pensar en que la población tenga alegría, independiente de quien sea que ha muerto. Yo preguntaría ¿qué entienden

por alegría?, ¿qué está significando esa alegría? No creo que las personas se alegren así, me cuesta creerlo y lo veo en la realidad chilena, en los casos que ha habido de muerte de torturadores, me cuesta pensar en que nos alegremos como sociedad por la muerte de alguien, pero sí puedo entender la experiencia de satisfacción en algún nivel, porque nuevamente hay que entender la funcionalidad de la violencia, el sentido de la violencia. Hay que entender también estas violencias difusas que son violencias comunitarias, escolares, que no son tan claras como la que está institucionalizada, que está ordenada. La memoria histórica es un tema muy relevante, nosotros, por ejemplo, tenemos en Chile un problema gigantesco con la cultura mapuche, que es la etnia indígena más importante del país, que ha sido despojada de todo lo que tienen y es un problema de validaciones sociales precisamente porque no hay memoria histórica y en cierta forma somos nosotros contra ellos, “chilenos nuevos” por así decirlo, europeizados, americanizados, contra esta cultura mapuche. Entonces creo que un tema es la construcción histórica y otro es el de las construcciones locales, porque la construcción histórica es un tema que se ve muy lejano, mientras que nosotros sí podemos ayudar a un estudiante, a una comunidad a generar historias de construcción locales y personales, es decir ir generando la opción de que es importante realizar historias y narrativas de la vida, y no sólo quedarse con hechos aislados, y eso puede hacerse en clase con la historia del curso, con las historias de los individuos, con la historia de la familia.

Ahora en lo relativo a los espacios de esparcimiento y diversión si no ofrecemos lugares alternativos de encuentro, de identidad grupal, no estamos permitiendo que se tomen los modelos que van a permitir la ruptura. Si esos modelos son violentos, estamos empujando a los estudiantes a que asuman estas conductas. Más que ir en contra de esos modelos, insisto, hay que generar alternativas, que sean significativas para ellos, que surjan de ellos. Una de las cosas que yo digo, que más se nos ha olvidado en esta investigación sobre violencia, es preguntarle a los estudiantes ¿qué hacer?, ¿cómo se resuelve esto? Estamos intentando resolver el problema desde nosotros, los adultos, y se nos olvida el significado y los sentidos que ellos defienden. Los espacios alternativos los dan ellos, la significancia la dan ellos y por tanto tenemos que preguntarles a ellos qué posibilidades hay. Los adolescentes en Chile, frente a conflictos que tienen en la escuela, piden a sus padres que les escuchen y conversen con ellos, que les den un espacio de reflexión conjunta, que les ayuden a pensar, pero que no les den soluciones automáticas y que no lo solucionen ellos, sino que les otorguen las herramientas para que se hagan cargo. Eso es lo que yo creo que tenemos que hacer los adultos en la escuela con ellos, es conversar, es darles herramientas, capacidades de reflexión, pero no soluciones automáticas, porque

una vez que uno les da soluciones automáticas les quita la posibilidad de que ellos construyan reflexión y generen soluciones y probablemente ellos son los que mejor saben cómo hacerlo.

Así que en ese contexto, me cuesta pensar en culturas que se alegren con la violencia, si puedo entender culturas que entienden la función de la violencia y que por tanto le dan sentido, pero no que se alegren, yo creo que la alegría ahí no es completa, me cuesta pensarlo, pero insisto en que yo soy aquí extranjero y no tengo herramientas de análisis real; en Chile lo que veo es que hay mucho sufrimiento todavía, que por mucho que hayan alegrías por unas muertes como lo que paso acá, hay un sufrimiento colectivo gigante y hay fisuras gigantescas como país; pienso que hay sufrimiento más que alegría.

Intervención 3: ¿A qué conclusiones han llegado al analizar la violencia escolar en estratos socioeconómicos altos?

Dr. Berger: La investigación en Chile distingue la violencia escolar en estratos socioeconómicos altos o estratos socioeconómicos bajos y el sentir popular es que la violencia es un tema asociado a la pobreza, pero la investigación en Chile muestra que la experiencia de violencia es igual en todos los niveles socioeconómicos, en todos hay violencia, la diferencia sería la forma; las violencias físicas, más visibles son más comunes en estratos bajos, pero las violencias psicológicas, de discriminación, son más comunes en estratos altos, eso depende de los patrones culturales. Es muy fácil caer en estas estigmatizaciones, en estos estereotipos de que la violencia es un tema de la pobreza, es un tema de la marginación; en rigor la violencia es la forma en que establecemos relaciones sociales y es un tema que nos compete a todos.

Intervención 4: Bueno, en aras de participar un poco del debate me llama la atención la versión que da aquí el colega acerca de los artículos de William Ospina y de León Valencia, por cuanto son generadores de opinión en Colombia, y me llama la atención que parta de un argumento tan curioso de que los colombianos llevamos en los genes la violencia. Nosotros como miembros de la academia tenemos que cuestionar enunciados y por supuesto enunciados como ese, entonces qué pasa con los israelíes y los palestinos, y qué pasa con los mexicanos, y qué pasó con los alemanes y con los turcos y los tutsis que en un mes masacraron 800 mil personas del otro grupo tribal, entonces los colombianos somos los únicos que tenemos los genes de la violencia, me parece que este tipo de enunciados la academia debe cuestionarlos. Entonces el problema debe plantarse desde otro lugar, desde dónde estamos nosotros viviendo, comprendiendo, desde qué imaginarios, desde qué conflictos, desde dónde el

conflicto armado es de baja intensidad pero de mediana duración en el tiempo, porque estamos viviendo la modernidad y hemos tenido unas instituciones entre comillas democráticas con altos niveles de violencia a diferencia de otros países de América Latina que han tenido otros procesos sociales culturales, que es un fenómeno socio-económico muy diferente que ha impregnado la vida colectiva, que es el tema del narcotráfico, lo que se habla de la cultura “traqueta”, todo esto ha impregnado las relaciones sociales. Hay un estudio de la profesora Vivian Jiménez de la Universidad Nacional muy interesante donde plantea como hipótesis central que la violencia también es un fenómeno social aprendido, por lo tanto eso de los genes hay que cuestionarlo, y debemos investigar a partir de los vínculos sociales que se construyen de diferentes maneras, incluidas la violencia y la agresividad, con la intencionalidad de hacer daño al otro para conseguir determinados objetivos, y también hay que mirar esta parte educativa, que se apellida violencia escolar, por la cual nos están llamando a quienes nos estamos formando, o estamos formando educadores, a mirar todas las posibilidades de lectura, comprensión y posibilidades de interpretación, y ahí está el tema, por ejemplo, muy interesante de las habilidades sociales, de las actitudes, de la relación con el otro, de la ejecución de identidades, de esas dinámicas que también está viviendo la sociedad porque la está viviendo la escuela y cómo hay además elementos subjetivos: los profesores podemos incidir en el campo de la formación socio-emocional y eso transforma fenómenos colectivos como, entre comillas, la alegría colectiva de un sector grande de la sociedad frente a la muerte del “Mono Jojoy”, porque si nosotros miramos los conflictos desde perspectivas teóricas, la subjetividad está presente y los odios y los amores que construyen formas de relación social y formas emocionales, y aunque no podemos aprobar la alegría colectiva que produce la muerte de un personaje como Pablo Escobar, o un guerrillero tal, así sea positiva desde el punto de vista socio-emocional, sabemos que desde el punto de vista ético no tiene ninguna legitimación, pues no es válido alegrarse de la muerte de un ser humano, desde una consideración sería que busca el reconocimiento del otro, incluido el que apellidamos de violento –porque allí se establece una forma de decir que ellos son los violentos y está bien que los maten–, para llegar a afirmar que yo no soy violento, y no soy parte del problema como decía el profesor, lo cual es muy grave. Entonces yo creo que esos elementos de transformación, de comprensión, tienen que buscar nuevas miradas y no asumir enunciados de manera tan simplista.

Dr. Berger: Muchas gracias, comparto completamente lo que dijo.

Intervención 5: Yo quisiera realizar un aporte sobre lo que usted mencionaba cuando los padres demandan la responsabilidad de la escuela sobre los comportamientos violentos de los niños, y usted propone que es necesario generar

espacios con los padres, pero también debemos crear herramientas suficientes para encontrar soluciones en el hogar. Muchas veces se presentan pautas de crianza y violencia al interior de la familia. Yo considero que no toda la responsabilidad se le debe dar a la escuela: la familia como institución debe asumir la responsabilidad de ello y resulta que muchas veces hay problemas que tienen los padres de familia que no han podido solucionar y que derivan en el comportamiento de los hijos; entonces a mí me parece que debe existir una acción intersectorial porque ya estamos hablando de calidad de vida, de salud mental al interior de la familia y esto implica directamente el sector salud. Debemos por tanto generar estas redes sociales que ofrezcan soluciones integrarles para las familias y para los comportamientos de los niños y de la salud mental de los niños, porque si estamos pensando solamente que la escuela educa a los niños en esos espacios de reflexión me parece insuficiente, por lo cual deberíamos crear redes con sector salud y pensar una perspectiva de cómo la escuela no sólo educa hijos sino que también educa padres, cómo alargar esta idea, porque en Colombia hay una idea de escuela de padres pero no está funcionando; entonces no veo la salida, muchas veces hay frustración porque las mismas instituciones y las personas no solucionan este tipo de problemas, las herramientas son insuficientes y me parece que el problema también es estructural de las acciones interinstitucionales.

Dr. Berger: Sí, el tema de la familia y la escuela es un tema a nivel mundial, sin embargo hay dos puntos que quiero tocar ahí. Primero, que la escuela es una institución que también cumple la función de ayudar a la comunidad; la escuela no es sólo formadora en lo académico, es el centro de la comunidad y surge como una institución entrenadora. Ahora, cuando la escuela toma el rol de hacer educación de padres hay un mensaje peligroso que supone que los padres no tienen competencias, y todos los padres hacemos lo mejor que podemos hacer por nuestros hijos, me costaría imaginar o encontrar padres que hagan mal o que tengan mala intención respecto de sus hijos. ¿Cómo poder desde la escuela respetar esa intencionalidad de los padres respecto de sus hijos y desde ahí construir caminos de mejora y de solución?, porque de lo contrario es difícil construir un diálogo diciendo usted no sabe lo que está haciendo, le hace daño a su hijo, usted es un mal padre, y con ese discurso ningún padre va a tener esa capacidad de diálogo con la escuela. Creo que la superación de ese diálogo pasa por poner en el centro de la discusión al niño, poner en el centro de la discusión cómo podemos hacer alianzas en pos del bienestar de ese niño, más que decir usted lo hace bien o lo hace mal. En esa alianza es desde la familia, la escuela, los sectores de salud y los sectores comunitarios que debemos partir, inventando herramientas para eso, programas de intervención... Las escuelas de padres en general no han mostrado buenos resultados, pero sí han mostrado

mejores resultados los espacios abiertos para padres que son gestionados por ellos mismos; hay un equipo en México que se llama IMIFAP dirigido al desarrollo de comunidades marginales, que ha trabajado tanto en la escuela como con la comunidad, y ha mostrado buenos resultados, es un modelo de empoderamiento principalmente. Esto es un desafío gigante, pero hay que buscar alianzas más que la lógica de “tú me educas a mí o yo te educo a ti”.